

Introducción. La elocuencia de los cuerpos¹

Teresa Carbó

Por qué el tema del *corpus*

En la génesis de la idea de esta reunión de artículos está mi interés por las personas que viven la dura experiencia de hacer una tesis doctoral en asuntos de lengua, discursos y semiosis. También está mi cariño hacia ellas, entretejido con mi práctica docente en la materia. En el caso específico de este número de *ELA*, la absoluta mayoría somos mujeres, y varias obtuvimos nuestros doctorados relativamente tarde en la vida (cosa que, según entiendo, no es tan frecuente con los hombres). El doctorado, ese título ya casi convertido en certificado de habilitación profesional, que es hoy imprescindible para el inicio de una carrera académica de tipo institucional.

Se suma a lo anterior mi curiosidad crónica por los asuntos atinentes a la factura concreta de una investigación de amplio alcance; el revés, normalmente oculto, de la trama. Allí anida el costado, con frecuencia penoso, de una indagación que se quiere científica: sus tiempos prolongados frente a la puntualidad burocrática de las becas y los financiamientos; las tareas rutinarias y tediosas que rinden a veces escasos frutos; la duda, la zozobra y el temor al fracaso, que corroen ánimos fuertes y, lo que es peor, auténticamente creativos. Se ha visto suceder (y no pocas veces) que la falta de confianza extinga en brote algunas ideas que, aunque incipientes o imprecisas, pudieron haber navegado hasta buen puerto.

En contra de la tendencia generalizada en el mundo académico a no presentar casi nunca estos temas de manera directa y expresa, este conjunto de trabajos puede asemejarse a la figura de una escalera. Esto es, la reconstrucción de un asidero inicial en el hartó complejo proceso de convertir un conjunto informe aún de

¹ Estoy segura, con la convicción testaruda de la mala memoria, de que esta frase proviene de un trabajo de Michel de Certeau (1995 me parece el más probable, amén de muy interesante para el análisis de discurso). Sin embargo, no logro encontrar la cita, a pesar de repetidos intentos. Consigno al menos esa referencia, también como reconocimiento a una obra a la que estoy apenas acercándome y cuya bienhechora influencia percibo ya.

curiosidades o intuiciones en algo diferente, manejable (no me refiero aquí a un proyecto de investigación de desarrollo pleno, que considero una *contradictio in adjecto*) sino, en efecto, a una especie de escalera, que se transformará en una espiral, forma dinámica si las hay y cuyo impulso parece alimentarse de su mismo diseño. La cuestión de estudio se volverá entonces “tratable”, es decir: susceptible de una interrogación rigurosa y deseante, en un movimiento que animan la excitación intelectual y la alegría. Es mucho prometer, desde luego, aunque cosas parecidas y tan esperanzadoras se han visto también acontecer. La confianza en la comunicación humana es propia de nuestro oficio de estudiosas² del lenguaje, pienso, por muy evidentes que sean también para nuestro gremio los riesgos del malentendido.

El foco de estos trabajos así orientados se centra en el tema del *corpus*, porque en mi propia experiencia de investigación, y en otras, la construcción de ese objeto ineludible se manifestó, desde las etapas metodológicas que pueden considerarse previas al análisis en sentido estricto (o más convencionalmente así reconocido), como una clave, una llave de sorprendente eficacia para la concepción y trazo de un recorrido cognoscitivo que aumenta su capacidad de comprensión y respuesta a las propias preguntas de cada estudio sólo a medida que avanza. Es ése un camino que se va haciendo al andar (como dice Machado por voz de Serrat, según el acervo musical de mi generación y entorno).

Estoy convencida de que el asunto de la evidencia empírica, de su conversión en datos válidos, plausibles y elocuentes, y de su organización en un *corpus* de análisis, conlleva temas complejos de teoría y andamiaje conceptual, mucho más que de metodología como repertorio preestablecido de procedimientos o maneras técnicas de hacer al discurso hablar y responder. No reside en los recursos estandarizados, creo, el modo de persuadir al discurso para que hable, acerca de su propia morfología e histórica confección, y acerca de aquello a lo que alude y porta y, por el mismo principio, construye e instaura en el mundo social. El polimorfismo de las fisonomías de los hechos de discurso (¿perverso también éste, quizás?); la inextricable fusión de forma significativa y propósitos comunicativos, efectos o funciones, vínculo que es normalmente imposible de predecir;

² Usaré de ahora en más la forma femenina, y mis colegas de sexo masculino habrán de reconocerse en este colectivo de género en uso universal, como hemos hecho las mujeres durante siglos, sin aclaración ninguna en la inmensa mayoría de los casos. Gracias.

la acumulación “geológica” de anteriores lógicas interdiscursivas, sobre las que se perfilan los rasgos acusados de la formación discursiva presente y en acto; todo ello confiere a este terreno un relieve anfractuoso, apasionante sin duda pero también accidentado.

Empero, con base en el *corpus*, en sus operaciones y conceptos asociados, he podido ver más de una vez, un sendero se perfila y se sostiene. Podemos figurarnos ese andar como asido a un marco teórico (teorías, más bien, en plural) como los cables casi invisibles y asombrosamente resistentes de la más moderna tecnología en fibras (que intenta emular a la naturaleza). Esa ligera y móvil estructura no se cierra sobre sí misma, sino que se extiende, contrae, inclina o eleva. Se articula, en general, con los rasgos constructivos de los procesos y productos de discurso que van haciéndose visibles en la marcha del análisis, y que ocurren en cualesquiera de los niveles del sistema lingüístico (si es discurso verbal). Los hechos discursivos son independientes de las fronteras que solemos marcar entre niveles o subsistemas de la lengua, dependiendo de la sustancia material en la que se realicen (morfológica, sintáctica, semántica, léxica, pragmática y tal). La escala de estos datos es asimismo cambiante aunque no decisiva como tal: un guijarro puede estar compuesto por la misma química de un enorme peñasco, y el lazo correoso de un arbusto rastroso puede ser la materia de una trampa súbita. ¡Cuánta complicación y analogías!

Leí, escuché, por primera vez acerca del *corpus* en asuntos de estudio del lenguaje en relación con lo social en un trabajo de Eliseo Verón (1971), elaborado en Buenos Aires en 1967. Era ése un texto, y un pensador, por completo pioneros. La frase nominal acuñada por Zellig Harris en 1952 (*Discourse analysis*) no había transpuesto aún el ámbito de la lingüística distribucional. De hecho, en ese largo artículo de Verón, que es ejemplar al día de hoy en cuanto a estructura, contenido y uso de distintas teorías en un desarrollo argumental complejo y claro, el autor designaba su innovador análisis de un mismo acto de violencia política en dos diferentes medios de prensa como un proceso de “semantización”. Los nombres no tienen importancia: eso era ya, y aunque el autor mismo no lo supiera, análisis de discurso, y del mejor. Su reflexión sobre el *corpus* aparecía en una nota donde presentaba de sugerente manera el tema del difícil equilibrio que había de encontrarse en los materiales entre homogeneidad y diferencia, a fin de que el análisis pudiera ser, al mismo tiempo, flexible, estricto y revelador. Muy poco después (en París en 1969), Michel Pecheux publicó una obra (1978 en español), también

seminal y novedosa, en la que formulaba los conceptos básicos en este campo. Allí mismo señalaba con agudeza la centralidad del tema del *corpus* y su carácter eminentemente teórico. Verón y Pecheux son para mí los “padres fundadores” (Hodge y Kress, 1988, hablando de Saussure y la lingüística) de este tema que me ha apasionado por años. También Harris (1952), cuyo análisis perfectamente novedoso de unos breves textos con alta redundancia y cohesión léxica es un viaje intelectual inolvidable, imprescindible para estudiantes de lingüística o para analistas del discurso. A pesar del olvido que hoy arrincona esos tres nombres y el desconocimiento en el que están ante las nuevas generaciones, es claro para mí que allí se fundó el análisis de discurso, un espacio de trabajo que exhibe ahora impresionante crecimiento y alto dinamismo.

En el caso de las tesis de posgrado en estas materias, sucede que lo específico y complejo de la recopilación, el análisis e interpretación del discurso, donde hoy en día se incluye ya también lo visual, y hasta lo sonoro y proxémico (Hall, 1987), incrementa las dificultades de tratamiento de los fenómenos de esa significación múltiple, cuya condición de humano producto no la vuelve más fácil de detener en su movimiento elusivo, ni de entender o desarmar en sus configuraciones siempre sutiles.

Los trabajos aquí reunidos y sus respectivos objetos de investigación o *corpora* muestran deliberadamente lo que en arquitectura se conoce como obra negra, y la invisible fuerza estructural de ese sistema de apoyo. Al hacer tal cosa con franqueza y modestia testimonian también de elocuente manera, pienso, cómo lo nuevo engendra más novedad y, sobre todo, cómo la exploración de otros enfoques, audaz a la vez que rigurosa, desplaza y transforma los problemas ya (¿demasiado?) bien establecidos en el campo de especialidad, y renueva las prácticas de su tratamiento analítico. Abrirse al espíritu de los tiempos, sin reserva ni temor, parece un mensaje sensato que emanaría de este conjunto de experiencias de investigación.

Por lo demás, la vida bien sabe cuáles preguntas susurra al oído de los seres humanos que se mantienen en alerta semiótica ante su entorno físico, mental e histórico; su contexto significativo en general, práctica de sobrevivencia que compartimos con otros seres vivos, como criaturas de especie que somos (*apud*. Bateson, 1972). La dirección o tutoría de una tesis doctoral, un trabajo de envergadura que estatutariamente debe ser original (empresa imposible si damos a la noción de dirigir un sentido fuerte), puede beneficiarse ampliamente de la escucha de esas interro-

gantes primeras, acompañando después al candidato en el trazo de un camino, ése sí original, de salida de tales enigmas, transformados en preguntas de investigación que se siguen de manera sistemática y argumentada.

Evoco una vivencia temprana de desasosiego, que está en el origen de mi tesis doctoral en lingüística hispánica ante el CELL (Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios) de El Colegio de México. Me refiero a la percepción imprecisa en mis primeros años aquí, de una contradicción activa entre un presidencialismo que se presentaba (y era aceptado en muchos ámbitos ideológico-políticos e institucionales, inclusive en una buena porción de la literatura especializada de politología y derecho) como un hecho casi de la naturaleza de las cosas, lo dado, inamovible e inconvencible, y la represión selectiva y *de facto* que extirpaba de cuajo los intentos de resistencia organizada. Toda esa complejidad se desplegaba ante mi mirada perpleja de recién llegada, entonces extranjera y extraña. Después (después de mucho trabajo) entendí que a ese régimen de dominación política, de estabilidad asombrosa en América Latina y el mundo, contribuía de manera estructural la callada y paciente práctica de poderosos recursos de legitimación, que eran también lingüísticos y asimismo discursivos, que podían observarse desde una colocación analítica que llamé oblicua (Poder Legislativo), e inclusive podían detectarse en fenómenos aparentemente tan inocuos en lo político como la flexión verbal o el régimen pronominal.

Los trabajos de este número de *ELA* exhiben parecidos (y distintos) procesos de búsqueda de comprensión y respuesta a sus respectivas extrañezas e intereses en el universo de la significación.

Autoras, editoras y redes

Las autoras de estos textos y las editoras están ligadas entre sí por numerosos lazos de historia, adscripciones institucionales, metas y experiencias compartidas, lo cual puede explicar algunas coincidencias entre los artículos, especialmente manifiestas en ciertas actitudes ante la investigación, más que en contenidos o métodos.

Un núcleo importante es la membresía en la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso (ALED), fundada en Caracas en 1995, y la participación en las sesiones mensuales de la Red México de Analistas de Discurso, que se vincula estrechamente con la organización continental. El Seminario de la Red, en particular,

proporciona una vivencia reiterada y gozosa de cómo es posible presentar trabajos en curso con plena tranquilidad de espíritu ante las colegas, para que sean analizados y criticados con fraterna ferocidad, y mejorados las más de las veces. Participantes regulares en el Seminario son, en este volumen: Carbó, Fonte, Emilsson, Lema y Salgado, su actual coordinadora; también Williamson, aunque ocasionalmente. Emilsson, delegada por México ante ALED, es una presencia consustancial al Seminario.³

CIESAS es otro nodo también. Allí trabajan Carbó, Salgado y Villavicencio, en el Área de Estudios del Lenguaje. Hace años, Fonte también. Huffschnid elaboró ahí su trabajo predoctoral como investigadora visitante. Coronado estuvo en CISINAH-CIESAS hasta hace pocos años, desde el lejano inicio del Programa de Lingüística (1974), donde se formaron como becarios varios de los lingüistas activos en el medio nacional hoy.

Personalmente, acompañé a tres de las autoras en la elaboración de sus trabajos para tesis doctorales: Salgado, Huffschnid y Fonte. Aunque la designación formal en algunos de esos casos dijera que era yo tutora o cotutora de las tesis, ésa no fue la realidad. Aparte del hecho de que Huffschnid obtuvo el doctorado en su país natal (Alemania), con base en la reformulación del trabajo realizado en México (su país de adopción), y de que Fonte y yo estudiamos juntas en el CELL y ella es la experta a quien siempre acudo con dudas sobre la sintaxis del español, y de que Salgado ya era una investigadora activa cuando nos conocimos, lo que sucedió fue que recorrimos juntas, temblorosas a veces, entusiastas otras, esos procesos de búsqueda, compartiendo incertidumbres, hallazgos y convicciones.

³ Otras queridas integrantes del Seminario son: Lourdes Berruecos, César González Ochoa, Laura Hernández Martínez (cuyas atinadas observaciones a una primera versión incompleta de este texto, por vía telefónica, mucho agradezco), Mary Elaine Meagher, Mirta Núñez Acosta, Margarita Palacios y Danielle Zaslavsky. Más recientemente, Laura Hernández Ruiz. Antes, Fernando Castaños Zuno (a quien echo de menos). Con mucha perseverancia, los tesisistas de doctorado Salomón Mariano y Dominique de Voghel. En ocasiones, José Alejos García, Silvia Gutiérrez Vidrio, Tanius Karam, Alicia Márquez Murrieta, Dalia Ruiz Ávila, María Eugenia Vázquez Laslop. Algunos visitantes e invitados han sido Jan Blommaert, Patrick Charaudeau, Robert Hodge, Katya Mandoki, Dominique Maingueneau, Tatiana Sorókina y otros “transeúntes” por la Ciudad de México cuya presencia aprovechamos siempre que es posible. Muchos otros colegas y estudiantes han pasado por allí en 13 años, ocasionales asistentes que agradecemos y alentamos.

El CELL es un punto de cruce también en esta trama: fue el escenario donde Fonte y yo conocimos a Williamson, hace muchísimos años. Él era de una generación anterior a la nuestra, y estaba entonces recopilando material para su tesis (que no presentó tardíamente). Es socio de ALED y acude al Seminario de la Red con la frecuencia que le permite la trashumancia que ha adquirido en años recientes. En el CELL, dije antes, obtuve mi doctorado, y en ese complicado proceso el profesor Robert Hodge (Universidad de Western Sydney) fue el tutor de mi trabajo, tantos años detenido. Reconozco en él a un maestro estimulante y un amigo leal. Primero, un autor de libros (1993 [1979], 1988); después, un supervisor a distancia que era muy exigente a la par que estimulante; siempre, un interlocutor de gran generosidad intelectual y capacidad de inspiración. Coronado, mi más antigua colega y amiga en CIESAS, es ahora su colega (y más) en el lejano continente de Australia. Hodge, además, fue cotutor conmigo para la tesis de Fonte, experiencia en la que aprendí muchísimo, y formó parte de los comités tutoriales de Coronado y Lema.

¿Por qué tan detallada presentación de tan pocos personajes y sus vínculos? Porque este puñado de personas y trabajos muestra, sin habérselo propuesto, una situación o escena que ha sido esencial para el feliz logro de varias investigaciones grandes. Aludo a la cercanía en libertad, sin compromisos; al debate con confianza y exigencia, sin temor a consecuencias negativas, que no las puede haber entre iguales cuyo sustento material no depende de ninguno de los demás participantes. El rasgo más característico del Seminario es algo imprescindible para una vida intelectual que se enmarca en las actuales instituciones académicas (de cualquier lado que una se halle con respecto al doctorado y otras señales de “distinción”): la superación del aislamiento, el individualismo y la desconfiada reserva. No es éste un relato ejemplarizador, créaseme; ni esa fisonomía del Seminario es o fue un imperativo moral, previo a todo. Simplemente sucedió que las cosas ocurrieron de ese modo, a medida que las citas mensuales iban fortaleciendo la confianza múltiple, y nos encontramos llevadas a cuidar ese espacio de interlocución y encuentro.⁴

⁴ ¿Será acaso el Seminario un bolsillo, a la manera de John Berger (2002:122-3), una “pequeña bolsa de resistencia”? Desde el pensamiento luminoso de este autor, cuya obra enseña a vivir de otra manera en el mundo de hoy, algunas de sus palabras acerca de la esperanza activa despertarán ecos con respecto a nuestros encuentros mensuales: “[p]or ejemplo, la acción de *acercarse*, medir distancias y *caminar hacia*. Esto conducirá a colaboraciones que nieguen la discontinuidad” (énfasis original).

También a propósito de la formación de recursos humanos de alto nivel en el país, el trabajo en colectivo puede contrarrestar ciertos efectos nocivos de la presente estructura de los posgrados nacionales. Con el sistema establecido por el órgano rector de la investigación en el país, el destino de estudiantes y tesis de posgrado depende excesivamente de las evaluaciones positivas de sus tutores o directores. Ése no es un tipo de vínculo que, si es practicado en aislamiento por los dos actores principales, favorezca la independencia de criterio o la innovación conceptual, que precisa cimentarse sobre la crítica y el rechazo, despiadado a veces, de quienes nos han precedido en el campo de trabajo.⁵ Por el contrario, tiende más bien a la formación de maestros y seguidores, en aplicación reiterada de un mismo modelo para solucionar problemas cuya ruta crítica de salida se conoce ya. Ello atrae a los candidatos como una garantía para asegurar sus tiempos de trabajo en los apretados calendarios oficiales. Por el lado de los maestros e investigadores, encomendados como estamos de tal formación especializada, las demandas de la realidad no son menores. Es un hecho de todos conocido que los estímulos a la productividad académica cumplen cada vez mejor la función de su diseño y concepto originales, mientras la clase media universitaria intenta preservar esa medianía amenazada. El espíritu puede llegar a ser fuerte, quizás; pero la carne es indudablemente débil. Premura y homogeneización aseguran la pérdida de esa ventana de oportunidad para la formación de pensadores independientes y creativos.⁶

⁵ En la línea de estudios del lenguaje del Posgrado en Antropología Social de CIESAS D.F. organizamos y sostuvimos en algunas generaciones (más regularmente cuando aún estaba entre nosotros Víctor Manuel Franco Pelletier, cuya ausencia percibo siempre actual) los seminarios de tesis de los alumnos en un formato colectivo, después burlonamente conocido en el ámbito de la docencia institucional como el modelo de “todos contra todos”: todos los tesisistas y todos los tutores, con iguales derechos de habla e intervención crítica, en apasionantes sesiones generales, que dieron resultados notables en cuanto a los trabajos finales.

⁶ Otros horizontes: en el marco del Congreso de IPrA (*International Pragmatics Association*) del año 2000 en Budapest, algunos de los investigadores que se habían formado con el profesor John Gumperz (muy destacados varios de ellos en la escena internacional) organizaron un panel en su homenaje. Monica Heller (Canadá) inició las intervenciones con las siguientes palabras: “Lo que tienen en común las tesis dirigidas por John es que no se parecen en nada”. La fingida ocurrencia representa un agudo reconocimiento a un raro mérito. También las tesis que ha dirigido el profesor Hodge son todas distintas, al menos las que conozco. Y ése es mi anhelo y difícil esfuerzo en el Posgrado de CIESAS.

En el caso del Seminario antes mencionado, invoco, evoco únicamente una manera colectiva y libre de escrutar nuestros trabajos a la luz de un común legado intelectual, entre colegas que conciben la solidaridad como crítica intelectual, tan dura y tan poco complaciente como se perciba necesaria para la otra, y yo misma.

Lenguas, temas y tiempos de estudio

El territorio en el que se mueven estos trabajos es amplio, sobre todo si tomamos en consideración que todos ellos centran sus intereses en el campo del lenguaje, sus múltiples formas y su inagotable uso. Es claro también que las autoras se incluyen, de manera expresa o no, en el horizonte de una lingüística de vasto alcance, tal como la definió (abrió, más bien) Émile Benveniste (1976 y 1977). La obra de M.A.K. Halliday, por su parte y en inglés (por ejemplo 1982, accesible en México), ofrece las bases de una semiótica general de la conducta humana que ensancha el panorama de los estudios del lenguaje y lo vuelve más complejo, en lugar de estrecharlo y simplificarlo.

Sin embargo, el mapa de estos textos no es tampoco demasiado extenso. Me explico: unas cuantas palabras, poderosas sin duda, pueden trazar los linderos y alcances del conjunto de artículos: Conquista, Colonia, cultura, etnicidad, historia, lenguas amerindias, medios electrónicos de comunicación, política, publicidad, prensa, rebelión, resistencia, religión (católica) y poco más. Veamos: Fonte, Huffschmid y Salgado sitúan sus apuestas descriptivas e interpretativas en los campos prácticamente indisociables de historia y política (en México y Cuba, y más allá, en espacios de ecos y resonancia externos a América Latina). Coronado y Lema atienden fenómenos de cultura, allí incluidos, ciertamente, hechos de control, dominación, despojo simbólico y material, y resistencia y creatividad. Williamson observa segmentos de publicidad comercial como ocasión privilegiada para explorar ciertas aseveraciones teóricas. Villavicencio escruta las posibilidades de un estudio sintáctico e histórico de una lengua amerindia de estatuto singular en el acervo lingüístico del país.

Hay más variación, extensión realmente, en los ciclos o tiempos cubiertos por las investigaciones: desde el siglo XXI al XX (en éste, la mayoría de los artículos, y desde su inicio: 1906), y de allí, a un pasado que puede resultarnos remoto aunque no se resiste a la indagación sistemática: el siglo XVI.

Las lenguas maternas de las autoras y editoras, de los objetos de estudio y de la exposición científica registran asimismo movimientos muy interesantes. Villavicencio trabaja con textos en una lengua amerindia (Purépecha), que es el marco de su análisis lingüístico, y los hace públicos en español, su lengua materna. Lema también observa fenómenos en una lengua indígena (Maya), que presenta en español, desde un pensamiento que a veces pareciera querer retornar a su lengua materna, francés. Williamson analiza evidencia en su propia lengua, inglés, y la presenta en español. Huffschmid se desenvuelve fuera de su lengua de origen (alemán): sus datos ocurren en español y así los analiza y presenta en este volumen, aunque antes hubo de traducirlo todo para su tesis doctoral allá. Algo parecido sucede con Coronado, aunque es también diferente: ella presenta en español, su lengua materna, datos asimismo de español, pero que fueron analizados originalmente en inglés, el idioma de su doctorado. Hodge lee y comenta trabajos en español, a la par que dialoga en inglés, su lengua materna, con Carbó, y ella traduce al español, la suya, las intervenciones de él. Emilsson escribe en español, una de las varias lenguas en su haber, desde el islandés, la que le es materna.

Apretada y peculiar trama de ires y venires idiomáticos, típica quizás del mundo actual, o tal vez característica de personas que hacen de las lenguas y de la comunicación el objeto privilegiado de su reflexión y estudio. Pero, pensándolo un poco más,⁷ el origen de todo ello puede muy bien ser inverso: en el caso de quienes trabajan en culturas y lenguas no maternas (ya sea que traduzcan o se muevan en una u otra dirección) el interés por los asuntos semióticos, que incluyen lo discursivo y lo verbal, puede provenir de la vivencia de un cambio de lugar (lo que se conoce como “*transterramiento*”) que se asocia ineludiblemente a movimientos en el punto de vista. De la experiencia de esos efectos de nueva perspectiva, de diferente colocación de la mirada, se sigue con facilidad el surgimiento de distintas extrañezas y curiosidades activas, que podrían haberse plasmado en la condición innovadora y, diré, personal de los enfoques que elaboran y emplean los trabajos en este volumen. El tema es muy interesante, en verdad, aunque excede el marco de este texto.

No proseguiré con las interrelaciones y cruces posibles entre los trabajos; el repertorio de tales operaciones es incalculable, y constituye la responsabilidad y

⁷ Con Gabriela Coronado, durante la última de las numerosas “*juntas ambulantes*” que hemos desarrollado a lo largo de los años en el denso tráfico vehicular de esta ciudad.

el privilegio de la personal lectura de los destinatarios de *ELA*. Presentaré sólo algunos comentarios sobre ciertos rasgos de los trabajos que atrajeron mi propia lectura, una vez recorrido el largo camino de los dictámenes y las sucesivas versiones (y siempre más versiones), hasta el feliz momento de escritura de esta introducción.

Los artículos: sus modos y méritos

Lema y Villavicencio,⁸ dos trabajos que se sitúan cronológicamente en el lejano siglo XVI; el primero de ellos, por entero; el segundo, en uno de sus dos puntos de asiento y comparación. En cierto sentido (o lectura) pudiera decirse que son los textos más distantes entre sí; por tono, estilo, método, literatura de consulta y metas de investigación. Sin embargo, tales distinciones no son realmente nítidas. Ambos trabajos y sus respectivos *corpora* son muy originales en sus campos de especialidad, y los dos diseñan con singular aplomo su camino de trabajo.

Lema acude, en libres términos metafóricos, a conceptos que toma de algunas teorías recientes en las ciencias llamadas “duras” de hoy, siglo XXI. Con esas herramientas y (en realidad, mucho más) con su propia mirada y escucha, delicadas y ligeras, hace aflorar la histórica e indeleble violencia que los textos coloniales recogen en su particular literalidad. Para eso construye un *corpus* originalísimo que le fue sugerido por la nueva puesta en página de un antiguo diccionario y su disposición orto-tipográfica: pequeños diálogos entre frailes evangelizadores y mayas calladamente renuentes, que se intercalan como cápsulas interaccionales en el desarrollo lineal de las entradas léxicas. El resultado es impresionante: las voces se hacen visibles y también audibles; la sorda lucha entre los interlocutores se

⁸ Acudiendo al azar objetivo de los (para mí) inolvidables compañeros surrealistas, eché en suerte de una sola vez la secuencia de presentación de los artículos en este inciso de la Introducción, a partir del orden alfabético de los apellidos (con papelitos en un vaso). Además de una estrategia en contra de la fatiga, mi pregunta era: ¿será posible construir un desarrollo de cierta continuidad, dado un orden arbitrario de exposición? Y: ¿es que tal cosa tiene importancia ante la labor persistente de la escritura?, ¿acaso no es todo texto una suerte de hipertexto? O, con una analogía más antigua, ¿su propio diccionario? Mientras comienzo a escribir, no sé aún qué responder/me. Tampoco estoy segura de que el asunto tenga importancia, aunque en mi práctica de análisis de discurso observo siempre el orden de los fenómenos y lo que arroja la contigüidad entre algunos de ellos. Curioso efecto de colocación, o bien en el polo del análisis o bien en el de las producciones textuales.

perfila, al tiempo que la desatención deliberada al orden de los elementos disponibles insta una nueva organización (hipertextual). Aparece así una legibilidad inesperada que dispone lo complejo en una penetrante arquitectura argumental, crítica por añadidura. Es el suyo un caso, diría yo, en el que la ausencia de temor permite al deseo emerger, y con ello, el movimiento provechoso del análisis.

Entre el siglo XVI y el XX, Villavicencio teje una trama finísima de diseño metodológico experto e informado, sin rehuir lo raro en ciertos usos lingüísticos. Por el contrario, hace de esos testimonios escasos la materia misma de una búsqueda paciente, hacia una (re)construcción minuciosa, que es también una escucha y una reflexión sobre la capacidad de traducción de una lingüista histórica. El *corpus* es siempre *corpora*; el fenómeno de estudio es multifactorial (complejo); los vacíos documentales que se reconocen como tales no actúan como agujeros negros; el analista precisa educarse en su propia materia; esto y más sostiene la autora, con elegancia intelectual y claridad expositiva. Muestras de fichas de trabajo, gráficas, cuadros y conteos alimentan su presentación. Magistral encuentro el desarrollo textual de la lógica de investigación con la que concibe y pone en práctica conjuntos sucesivos y diferentes de criterios para la selección y el ordenamiento plausible del material. En este trabajo, historia y lengua parecen entregarse, rendirse gustosas casi, a las preguntas que les formula un sereno (¿implacable?) rigor conceptual.

¿Cómo habrían podido imaginar los padres de una niña inteligente y sensible que la costumbre de escuchar en familia el informe presidencial sellaba una vocación? A partir de recuerdos de su infancia, Salgado describe el inmenso *corpus* que diseñó y analizó para comprender el presidencialismo mexicano y sus rituales de legitimación. La escucha política (atenta al poder y la dominación) orienta el curso de la indagación discursiva. Ésta se verifica con base en ciertos conceptos clásicos de la sintaxis de la oración; también con matrices léxicas, en la literalidad de los textos, y admitiendo la exhaustividad como un vano anhelo. Se muestra asimismo la porosidad de las fronteras entre procesos discursivos y dinámicas políticas; hay originales decisiones de trabajo (después obligatorias), un ingreso legítimo a la investigación del tiempo y el contexto, tanto de ocurrencia de los materiales como de desarrollo del estudio, y un uso experto y grácil de los recursos computacionales para el manejo de materiales extensos. Ésas son algunas de las facetas de esta pequeña joya. Con ellas la autora (nos) enseña cómo es posible lograr la prevalencia de un orden de inteligibilidad sobre la variación discursiva

y las transformaciones de la historia; una lección de confianza, en el método y en la propia labor (manual y tecnológicamente asistida).

Rotundo rechazo al divorcio que ciertos estudios del lenguaje marcan entre sistema lingüístico y actividad comunicativa, concebida ésta en su compleja simultaneidad de códigos, sostiene Williamson. Las nuevas tecnologías pueden registrar para el análisis las variadas vías y formas de la significación, que son mucho más caóticas y menos lineales de lo que anticipábamos. Luego, el *corpus* de hoy ya no puede ser una recopilación aleatoria de testimonios lingüísticos hacia una ilusoria representatividad estadística. Una persuasiva figura del *corpus* futuro se delinea: flexibles y precisas condiciones de ingreso permitirán disponer los materiales en una organización hipertextual; el diseño tecnológico incluirá en su seno un dispositivo analítico que permita mayor fineza descriptiva, expansiones del *corpus* y comentarios, y varios niveles de trabajo para observar los poderosos efectos de la coocurrencia de lo verbal, visual y proxémico. Para tantos desafíos teóricos y prácticos ¿qué mejor cala analítica sino algunas portadas de revistas y un fragmento de publicidad televisiva que invita al consumo de un champú con el dulce movimiento de la sedosa cabellera de una modelo, al son de una tonada que evoca el viaje sin ataduras? *On the road* estamos, diríase, con erudito optimismo analítico.

El derecho de soñar (a la manera de Bachelard, 1985, o no; ese derecho es inalienable como pocos) puso a Coronado en movimiento para la elaboración de su tesis doctoral. En verdad, un sueño que transcurre en el Zócalo de la ciudad capital, que su artículo reproduce, contiene pistas firmes para la investigación si se lo escucha y escruta adecuadamente. La identidad, ya sea personal o colectiva, histórica o presente, no es sólo cuestión de un estado de vigilia. Sabemos siempre más de lo que creemos saber, y esa confianza permite un diseño a la manera de cajas chinas: textos dentro de textos y más textos. Eso sostiene una mirada que observa los productos culturales desde la analogía textual al tiempo que descubre, como rasgo del material y como recurso analítico, la interconectividad de fenómenos dispares a primera vista. La aceptación de la complejidad irreductible de lo discursivo y lo cultural permite la emergencia, la des-invisibilización del poder que oprime a los grupos étnicos sin extinguir su resistencia. No hay tal cosa como “la” cultura; es una red necesariamente intercultural y semiótica en la que participamos sin pausa, allí incluida y aceptada nuestra propia y no renunciabile posición ideológica. La audacia, regida por finas operaciones recursivas (como las del lenguaje, ni más ni menos) rinde generosos frutos.

Sorprendente es la elocuencia de Huffschmid en español para mostrarnos que la comprensión de lo alejado y distinto es posible. El Zapatismo, cuerpos activos y enmascarados en lucha contra el poder, permite observar que el discurso es acción y que la rebelión se constituye como un texto complejo. Ante ello, una figurada cámara fotográfica, que incluye deliberadamente el propio cuerpo y sus convicciones, y el ejercicio delicado de una escucha, lectura, mirada que no se arredra ante el volumen de ecos que esa insurrección desató en el mundo, a lo que se suma una paciente educación del analista, trazan el territorio de un *corpus* amplísimo, trabajado sólo con la propia mano. La lucha indígena y campesina contra la opresión que les impone la sociedad mexicana y su (mal) gobierno, presente por medio de voces visibilizadas en un mundo global, muestra asimismo que la esperanza es posible. También lo es en cuanto a las maneras de hacer: la homogeneidad, por ejemplo, no es una meta rectora en este trabajo, que no duda en aplicar diferentes modalidades de tratamiento a distintos subconjuntos del *corpus*. El asunto es entender, ya sea por medio de campos léxicos y simbólicos, ya sea por la detección del contexto en el propio texto. Y una, lectora, entiende.

La escritura de Fonte resuena nítida y diáfana como una campanilla bien templada. Ese sonido es el de la claridad de su hipótesis inicial y de su trabajo y exposición posteriores, a saber: la historia ha de poder ser interrogada por medio de las formas verbales del discurso en uso polémico y estratégico en la prensa plana. Eso sí, han de conocerse en detalle las poderosas apuestas materiales que se jugaban entre Cuba y EEUU en tres coyunturas de crisis a comienzos del siglo XX. El *corpus* presta atención primera a los ciclos de disrupción y conflicto, revelador criterio que se alimenta del concepto semiótico de complejo ideológico (Hodge y Kress, 1988). Su composición y estructura, en principio sólo cronológica, adquiere creciente complejidad a medida que el minucioso análisis lingüístico de las sucesivas escenas enunciativas (Benveniste, 1977) exhibe los recursos discursivos de los participantes (allí incluida la misma prensa como un actor también político). El saber acerca de la lengua se expresa, diríamos, y sintoniza finamente las formas del discurso citado y las posiciones de los hablantes con las inflexiones de las distintas fases de una lucha política. Desde el presente, y con métodos a la vez clásicos e innovadores, el pasado no permanece enigmático.

Por mi cuenta añado: y el escrutinio de la sintaxis contiene siempre su propia recompensa, como hace tanto tiempo nos lo mostró Roman Jakobson (1992, aunque la íntima unión entre sintaxis y diferentes efectos de sentido permea su obra completa).

En el conjunto de trabajos, a pesar de sus marcadas diferencias, percibo varios rasgos comunes que quisiera destacar. Es visible en ellos un manejo flexible de las grandes coordenadas de la vida humana: tiempo y espacio. Es prevalente también en sus respectivos desarrollos una analogía productiva entre realidad y texto. De allí, una afinidad estrecha entre lectura y análisis. La amplitud y variación deliberadas en la recopilación y el manejo de sus materiales no se traduce en metas de exhaustividad, anhelo imposible al que se debe más de un fracaso en investigación. Todos ellos construyen novedosas categorías de análisis, muchas con inspiración en maestros clásicos, que sirven muy bien a las respectivas necesidades de descripción e interpretación. Hay también procedimientos de segmentación (*parsing*) muy originales. Es visible asimismo su indiferencia ante los límites o las fronteras convencionales; entre texto y contexto, sin duda, pero también en cuanto a campos disciplinarios y maneras consagradas de hacer. Varios artículos recurren a cambios controlados en la colocación de la mirada: efectos de distancia y cercanía que se alternan. Casi todos comparten la desconfianza ante los “esencialismos” de distinto tipo, por ejemplo, el de una completa objetividad, a la par que asumen plenamente los límites del sujeto (investigador y persona), cuya presencia necesaria en el análisis se toma como un dato y no como una falla epistemológica. El asunto complejo de la traducción, idiomática y cultural, está también presente, junto con formas particulares de la escucha de lo que los materiales dicen, desciframiento laborioso en el que la propia competencia del analista va afinándose a medida que se adentra en los fenómenos de sentido de su propio *corpus*. Esto se inscribe en un uso regular y expreso de distintas formas de la interrogación y el cuestionamiento.

Para concluir diré que este número de *ELA* y cada uno de los artículos aquí reunidos me produce un efecto cognoscitivo intenso: el total de las partes, sean éstas detectadas, construidas, segmentadas u “ocurridas” en los objetos de análisis y en el curso de su tratamiento, es mucho más amplio y complejo que una simple suma. También sucede esto con la variedad de perspectivas del volumen que, con base en sus diferencias, produce en conjunto una resonancia armoniosa. El *corpus*, construido como un sitio para el diálogo, exhibe propiedades emergentes que parecen virtualmente inagotables en su potencial de comprensión. De este modo, la elocuencia de los cuerpos se (me/nos) muestra una vez más, y con alegría, incontrovertible. Cuerpos humanos y *corpora* de estudio se configuran y se mueven, alcanzando resultados útiles y sugerentes, en un vivo ánimo de comprensión.

Cierre del volumen: explorando un (cierto) género textual

A modo de conclusión para este cuerpo de trabajos (¿un *corpus* a su vez?), propuse al profesor Hodge que compartiera conmigo una experiencia novedosa de comunicación: la realización de un intercambio dialógico en el correo electrónico. Inicialmente lo llamé así, y no diálogo, porque sería escrito, además de desplazado en el tiempo y el espacio, materializándose en esa tecnología telemática contemporánea, incierta como todas, al menos para mí. Las intervenciones habrían de ser continuas, en la medida de lo posible, y no obstante la inmensa diferencia horaria entre ambos países (Australia y México, 17 horas en esta estación del año), de modo que cada uno pudiera consultar de noche (aproximadamente) y con su respectiva almohada, los temas pendientes para el siguiente turno. Además, carecería de agenda previa y se desarrollaría en forma bi-idiomática: cada interlocutor en su propia lengua. Posteriormente, yo me haría cargo de la traducción de los turnos del profesor Hodge en inglés, cosa que hice. El único estímulo sería una pregunta inicial, que yo formularía, y la lectura de los trabajos contenidos en el volumen. Para la versión publicada de esta especie de juego el acuerdo fue que la edición sería mínima, lo más leve posible, a fin de preservar el sabor oral-escrito de las réplicas, amén de que se haría de común acuerdo por mano de Carbó, hablante nativa de español, la lengua de comunicación pública en este caso.

¿Cuál era la idea de ese experimento? En principio, fue sólo la solución que se me ocurrió para que el profesor Hodge participara en el volumen, a pesar de las dificultades materiales existentes y lo escaso del tiempo con el que contábamos. La experiencia resultó apasionante, aunque en cierto sentido se nos fue (casi) de las manos. Sin haber logrado definir con precisión los temas que discutíamos, ni mucho menos haber llegado a trasladarlos a los artículos de este número, el tiempo disponible (en cuartillas y palabras) se nos fue volando.

El intercambio conversacional entre quien fue mi tutor de doctorado y una servidora se convirtió en un diálogo, por razones que confío podrán apreciarse en el texto mismo. La justeza o prudencia, además del interés llamado experto, que hayamos podido alcanzar en el desarrollo de una escena que era a la vez interpersonal y pública es materia de juicio de los lectores, que esperamos tener. También lo es el grado de equilibrio (¿armonía compositiva?) con el que este formato de escritura haya alcanzado cierre y apertura suficientes como para dar cabida a la mención, que no a un tratamiento propio, de algunos temas sustantivos en el

campo de trabajo, y a unas pocas sugerencias o inspiraciones útiles para la investigación en asuntos de significación y sentidos.

Las introducciones, como se sabe, gozan del peculiar estatuto de aparecer en primer lugar aunque se escriben al final de todo. Beneficiándome de esa singularidad textual quisiera introducir aquí una pregunta que me interesa sobre los artículos de este número (que merecen muchas más) y una respuesta breve, reflexión que ya no llegó al experimento referido. Lo haré, aun a riesgo de “retro-anticipar” algunos de sus tópicos. La pregunta proviene de una simple sustitución en el modificador del nombre principal en el título del diálogo Hodge-Carbó, con lo que cambia nada menos que su referencia. Es la siguiente: ¿Será que ESTOS análisis (los de *ELA* 46) tienen esquinas?

La respuesta es doble: sí y no. Sí, porque los asuntos de investigación semejan siempre poliedros; los temas tienen necesariamente, y adquieren además en el curso de su indagación, distintos costados, facetas, aspectos. A pesar de la invariancia que rige en tantos asuntos de uso del lenguaje, en la investigación sobre ellos nada pesa lo mismo ni es escrutado en idéntico detalle, o alcanza la misma claridad. Pero también no. No, en el sentido negativo con el que Hodge y yo tratamos las esquinas en ese diálogo-debate. Es no porque los trabajos aquí reunidos iluminan lo más que pueden sus respectivos itinerarios, con lo que esos senderos zigzagueantes aspiran a convertirse en vereda desbrozada para la marcha de otros. Los anima la voluntad de compartir sus experiencias, a pesar de la especificidad de cada uno de los temas. Al compartir se abre también la posibilidad de cotejar, confrontar y discutir (materiales, enfoques y maneras de hacer), una conducta valiosa en la investigación que se concibe científica.

Esto último, además de la exploración innovadora en el estudio de las prácticas comunicativas, y la formación y el perfeccionamiento de quienes trabajan en las aulas con los estudiantes, abriéndoles las puertas de un mundo de lenguas de este mundo, entiendo que es la responsabilidad científica del CELE y de *ELA*, cuya hospitalidad editorial y completa libertad de expresión reconozco con sincera gratitud.

Bibliografía

- BACHELARD, G. (1985). *El derecho de soñar*. México: FCE (Breviarios 392). Trad. de Jorge Ferreiro Santana [1970].
- BATESON, G. (1972). *Steps to an ecology of mind*. Nueva York: Ballantine Books.
- BENVENISTE, É. (1976 y 1977). *Problemas de lingüística general, I y II*. México: Siglo XXI. Trad. de Juan Almela [1966 y 1974].
- BERGER, J. (2002). *La forma de un bolsillo*. México: Ediciones ERA. Trad. de Paloma Villegas [2001].
- CERTEAU, M. DE (1995). *La toma de la palabra y otros escritos políticos*. México: UIA, Colección Historia y Grafía 2/ITESO. Ed. establecida por Luce Giard, trad. de Alejandro Pescador [1985].
- HALL, E. T. (1987). Proxémica [1968]. En Y. Winkin (ed.), *La nueva comunicación*, pp. 198-229. Barcelona: Editorial Kairós. Trad. de Jorge Fibla [1981].
- HALLIDAY, M. A. K. (1982). *El lenguaje como semiótica social (La interpretación social del lenguaje y el significado)*. México: FCE. Trad. de Jorge Ferreiro Santana [1978].
- HARRIS, Z. (1952). Discourse analysis. *Language*, 28: 1-30.
- HODGE, R. & G. KRESS (1993). *Language as ideology*. Londres/Nueva York: Routledge [1979].
——— (1988). *Social semiotics*. Cambridge: Polity Press.
- JAKOBSON, R. (1992). Poesía de la gramática y gramática de la poesía. En *Arte verbal, signo verbal, tiempo verbal*, pp. 59-70. México: FCE. Trad. de Mónica Mansour [1985].
- PECHEUX, M. (1978). *Hacia un análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos. Trad. de Manuel Alvar Ezquerro [1969 y 1975].
- VERÓN, E. (1971). Ideología y comunicación de masas: la semantización de la violencia política. En E. Verón, *Lenguaje y comunicación social*, pp. 133-191. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.